

Literatura Norteamericana

Ojos de Zapata¹

Sandra Cisneros

Acercó mi nariz a tus pestañas. La piel de los párpados tan suave como la piel del pene; la clavícula con sus alas acanaladas; el nudo púrpura del pezón, el color oscuro, negriazul, de tu sexo; las delgadas piernas, los delgados y largos pies. Por un instante no quiero pensar en tu pasado ni en tu futuro. Por ahora estás aquí, me perteneces.

¿Sería malo si te dijera lo que hago todas las noches que duermes aquí? Después de tu coñac y tu puro, cuando estoy segura que duermes, examino tranquilamente tu pantalón negro con sus botonaduras de plata—cincuenta y seis pares de cada lado; las he contado—tu sombrero bordado con la borla de crin, la hermosa camisa de lino holandés, el fino trenzado bordado en tu chaqueta de charro², las apuestas botas negras, el elegante labrado de tus cananas y espuelas de plata. ¿Acaso eres mi general? ¿O sólo ese muchacho que conocí en la feria de San Lázaro?

Manos demasiado bonitas para un hombre. Manos elegantes, manos agraciadas; dedos con un aroma dulce como tus habanos. Yo tuve manos bonitas alguna vez, ¿te acuerdas? Solías decir que no había manos como las mías en todo Cuautla. Exquisitas, las llamaste, como si fueran algo de comer. Todavía me da risa cuando me acuerdo de eso.

Ay, pero ahora mira. Rasguñadas, partidas y callosas— ¿cómo es que las manos envejecen primero? La piel tan áspera como la cresta de una gallina. Es por sembrar en el tlacolol³, por el trabajo duro de hombre que hago al limpiar la milpa⁴ con el azadón y el machete, trabajo sucio que deja la ropa inmundada, trabajo que ninguna mujer haría antes de la guerra.

Pero no le tengo miedo al trabajo duro o a estar a solas en los cerros. No le tengo miedo a la muerte ni a la cárcel. No le tengo miedo a la noche como las otras mujeres que corren a la sacristía a la primera voz de *el gobierno*. No soy como las otras. Míralo. ¿Ya estás roncando? Pobrecito. Duérmete papacito. Ya, ya. Sólo soy yo—Inés. Duerme, mí trigüeño, mi chulito⁵, mi bebito. Ya, ya, ya.

Dices que no puedes dormir en ningún lugar como duermes aquí, tan cansado de tener que ser siempre el gran general Emiliano Zapata. Los dedos nerviosos retroceden, los huesos largos y elegantes tiemblan y se crispan. Siempre esperando la bala del asesino.

Cualquiera es capaz de convertirse en traidor y a los traidores hay que quebrarlos, dices. Un caballo cuando se amansa se doma. Una silla de montar nueva se amolda. Domar un espíritu. Algo que enlazar y azotar, como hace años lo hacías en los jaripeos⁶.

Todo te molesta estos días. Cualquier ruido, cualquier luz, hasta el sol. No dices nada durante horas y luego cuando llegas a hablar, es un arranque, una furia. Todos te temen, hasta tus hombres. Te escondes en la oscuridad. Pasas días sin dormir. Ya no te ríes.

¹ Traducción de L. Valenzuela, con notas aclaratorias a cargo de la Cátedra de Literatura Norteamericana, FaHCE, UNLP, Julio de 2012.

² *Méx.* Jinete o caballista que viste traje especial compuesto de chaqueta corta y pantalón ajustado, camisa blanca y sombrero de ala ancha y alta copa cónica.

³ El *tlacolol* es una porción de terreno cultivable ubicado en la ladera de un cerro.

⁴ Maizal.

⁵ Bonito, guapo.

⁶ El jaripeo es un entretenimiento popular centrado en la monta de un toro.

Literatura Norteamericana

No necesito preguntar; yo misma lo he visto. La guerra no va bien. Lo veo en tu cara. Cómo han cambiado las cosas a través de los años, Miliano. De tanto vigilar, la cara se vuelve así. Estas arrugas nuevas, este surco, la mandíbula bien cerrada. Los ojos con arrugas de aprender a ver en la oscuridad.

Dicen que las viudas de los marineros tienen los ojos así, de entrecerrarlos al mirar la línea donde el cielo y el mar se disuelven. Nos pasa lo mismo con esta guerra. Somos viudos todos. Los hombres tanto como las mujeres, hasta los niños. Todos colgándonos de la cola del caballo de nuestro jefe Zapata. Todos llevamos cicatrices de estos nueve años de estar aguantando.

Sí, se te ve en la cara. Siempre ha estado ahí. Desde antes de la guerra. Desde antes de que te conociera. Desde tu nacimiento en Anenecuilco, y aun antes de eso. Algo duro y tierno a la vez en esos ojos. Lo supiste primero que cualquiera de nosotros, ¿no es así?

Esta mañana el mensajero llegó con la noticia de que vendrías antes del anochecer, pero yo ya estaba hirviendo el maíz para tus tortillas⁷ de la merienda. Te vi llegar montado a caballo por el camino desde Villa de Ayala. Tal como te vi aquel día en Anenecuilco, cuando la revolución acababa de empezar y el gobierno te estaba buscando por todos lados. Estabas preocupado por los títulos de las tierras, los fuiste a desenterrar de donde los habías escondido hacía dieciocho meses bajo el altar de la iglesia del pueblo ¿verdad?—recordándole a Chico Franco que los pusiera a salvo. *He de morir, dijiste, algún día. Pero nuestros títulos tienen vigencia garantizada.*

Ojalá pudiera desvanecer tu dolor como si fuera una mancha en la mejilla. Quiero recogerte en mis brazos como si fueras Nicolás o Malena, subir a los cerros. Conozco cada cueva y grieta, cada atajo y barranca, pero no sé dónde podrías esconderte de ti mismo. Estás cansado. Estás enfermo y solo con esta guerra y no quiero que ninguna de esas cosas te toque jamás Miliano. Basta por ahora que estés aquí. De momento. De nuevo bajo mi techo.

Duerme, papacito. Sólo es Inés volando a tu alrededor, con los ojos bien abiertos toda la noche. El sonido de mis alas como el sonido de una capa de terciopelo que cae. Una brisa cálida contra tu piel, la amplia extensión de las plumas blancas como la luna, como si pudiera tocar todas las paredes de la casa de un solo movimiento. Un susurro, luego una ingravidez, la luz esparcida por la ventana hasta que siento el húmedo aire nocturno bajo mis alas de tecolote⁸. Una espiral de estrellas como los aretes de filigrana que me regalaste. Tu caballo cansado, quieto como la hojalata, ahí, donde lo amarraste al guamúchil⁹. El río canta más fuerte que nunca desde la época de lluvias.

Exploro las laderas de los cerros, las montañas. Mi sombra azul por encima de la hierba alta y el tajo de las barrancas, por encima de los espíritus de las haciendas silenciosas bajo la noche azul. Desde esta altura el pueblo se ve igual que antes de la guerra. Como si los techos estuvieran todavía intactos, las paredes todavía blanqueadas con cal, las calles empedradas limpias de escombros y mala hierba. Nada ampollado ni quemado. Nuestras vidas tranquilas e ilesas.

Vueltas y vueltas por el campo azul, sobre los sembradíos quemados, el viento agitado apenas eriza mis alas blancas y duras, sobre los dos soldados que dejaste guardando nuestra puerta, uno dormido, el otro entumido después de un largo día a caballo. Pero estoy despierta, siempre estoy despierta cuando estás aquí. No se me escapa nada. Ni un coyote en las montañas, ni un

⁷ Torta de harina, generalmente de maíz, hecha sin levadura y cocida en el horno; o pan de trigo cocido en las brasas.

⁸ Nombre común de varias aves del orden de las rapaces nocturnas, de forma más genérica, pueden ser considerados búhos pequeños. El nombre viene del náhuatl *tecolotl*.

⁹ Es un árbol nativo de México, pertenece a la familia de las leguminosas.

Literatura Norteamericana

alacrán en la arena. Todo claro. La vereda por la que llegaste a caballo. El jazmín nocturno con su aroma espumoso de leche dulce. El techo improvisado con hojas de caña en nuestra casa de adobe. Nuestra hija menor, de cinco veranos, dormida en su hamaca—*Qué mujercita eres ya Malenita*. El reír del río y los canales y la voz alta, melancólica, del viento en las ramas del alto pino.

Doy vueltas lentamente y me deslizo dentro de la casa, traigo conmigo el olor del viento nocturno, me pliego nuevamente a mi cuerpo. No te he dejado. No te dejo ni una vez. ¿Y sabes por qué? Porque cuando no estás aquí te recreo en la memoria. El aroma de tu piel, el lunar sobre la escoba de tus bigotes, cómo cabes en mis palmas. Tu piel oscura y sabrosa como piloncillo¹⁰. Esta cara en mis manos. Te extraño. Te extraño aun ahora que estás acostado a mi lado.

Mirar mientras duermes el color de tu piel. Ver cómo a la media luz de la luna emites tu propia luz, como si todo tú estuvieras hecho de ámbar, Miliano. Como si fueras una linternita y todo en la casa estuviera dorado también.

Antes eras tan chistoso. Muy bonachón, muy bromista. Bromeabas y cantabas fuera de tono cuando te habías echado tus copitas. Tres vicios tengo y los tengo muy arraigados; de ser borracho, jugador y enamorado... Ay, mi vida, ¿te acuerdas? Siempre muy enamorado, ¿no? ¿Acaso eres todavía aquel muchacho que conocí en la feria de San Lázaro? ¿Acaso soy la muchacha que besaste bajo ese arbolito de aguacate¹¹? Parece tan lejos de aquellos días, Miliano.

Arrastramos a estos cuerpos nuestros por aquí y por allá, estos cuerpos que no tienen absolutamente nada que ver contigo, conmigo, con quien somos en realidad, estos cuerpos que nos dan placer y pena. Aunque he aprendido a abandonar el mío a voluntad, me parece que nunca nos liberamos completamente hasta que amamos, cuando nos perdemos uno dentro del otro. Entonces vemos un poquito de lo que se llama cielo. Cuando podemos estar tan cerquita que ya no somos Inés y Emiliano, sino algo más grande que nuestras vidas. Y podemos perdonar al fin. Tú y yo, nunca hemos sido de mucho hablar, ¿no te parece? Pobrecito, no sabes cómo hablar. En lugar de hablar con los labios, me rodeas con una pierna mientras dormimos para darme a entender que todo está bien. Y nos quedamos dormidos así, con un brazo tuyo o una pierna, o unos de esos pies largos de chango tuyos, tocándome. Tu pie dentro del hueco de mi pie.

¿Te sorprende que no pase por alto cositas así? Hay tantas cosas que no olvido aun cuando me convendría olvidarlas.

Inés, por el amor que te tengo. Cuando mi padre me suplicó, no puedes imaginarte cómo me sentí. Cómo fue que un dolor entró a mi corazón como una corriente de agua fría y en esa corriente estaban los días por venir. Mas no dije nada.

Bueno pues, dijo mi padre, que Dios te ayude. Saliste como la perra que te parió. Entonces se dio la media vuelta y me quedé sin padre.

Nunca me había sentido tan sola como aquella noche. Junté mis cosas en el rebozo¹² y salí corriendo a la oscuridad a esperarte bajo la Jacaranda. Por un momento me abandonó el valor. Quería darme la media vuelta, gritar, 'apa, rogarle que me perdonara y regresar a dormir en mi

¹⁰ Es un alimento cuyo único ingrediente es el jugo de la caña de azúcar.

¹¹ Palta.

¹² Prenda de vestir femenina, semejante a una toquilla, que cubre hombros, espalda, y pecho.

Literatura Norteamericana

petate¹³ contra la pared de carrizo¹⁴ y levantarme antes del amanecer a preparar el maíz para las tortillas del día.

Perra. Esa palabra, la manera en que mi padre la escupió, como si en aquella sola palabra estuviera yo traicionando todo el amor que él me había dado durante tantos años, como si estuviera cerrando todas las puertas de su corazón.

¿Dónde podría esconderme de la ira de mi padre? Podía apagar los ojos y cerrar las bocas de todos los santos que hablaban mal de mí, pero no podía evitar que mi corazón escuchara aquella palabra—*perra*. Mi padre, mi amor, que no quería saber ya de mí.

No te gusta que hable de mi padre, ¿verdad? Ya sé, tú y él nunca, bueno... ¿Te acuerdas de esa cicatriz gruesa sobre su ceja izquierda? Lo pateó una mula cuando era niño. Sí, así sucedió. Tía Chucha dijo que por eso a veces se portaba como una mula—pero tú eres tan terco como él, ¿no?, y a ti no te pateó ninguna mula.

Es cierto, nunca le caíste bien. Desde los días en que empezaste a vender y comprar ganado por todos los ranchitos. Para cuando estabas trabajando en los establos de la capital no se podía ni mencionar tu nombre. Porque tú nunca habías dormido bajo un techo de palma, dijo. Porque eras un charro y no usabas la manta blanca del campesino. Luego murmuraba, un poco fuerte para que lo oyera. *Ése no sabe lo que es oler su propia mierda.*

Siempre pensé que tú y él eran enemigos perfectos porque se parecían tanto. Excepto, que a diferencia tuya, él no servía para la guerra. Nunca te platiqué cómo el gobierno lo obligó a enlistarse. Allá a Guanajuato es a donde lo mandaron cuando tú estabas ocupado con los carrancistas y los muchachos de Pancho Villa le estaban dando guerra a todos allá en el norte. Mi padre, que nunca había ido más allá de Amecameca, con el pelo cano y decaído como estaba, pues se lo llevaron. Era la época en que a los muertos los apilaban en las esquinas de las calles como piedras, cuando no era seguro para nadie, hombre o mujer, salir a la calle.

No había qué comer, Tía Chucha con fiebre y yo cuidando de todos. Mi padre dijo que sería mejor que fuera a ver a su hermano Fulgencio en Tenexcapán, para ver si ellos tenían maíz. *Llévale a Malenita, le dije. Con una criatura no te molestarán.*

Y así salió mi padre rumbo a Tenexcapán, arrastrando a Malenita de la mano. Pero cuando empezó a caer la noche y no habían regresado, bueno, pues imagínate. Fue la viuda Elpidia la que tocó a la puerta, con Malenita chillando y con la noticia de que se habían llevado a los hombres a la estación del ferrocarril. *¿Al sur a los campos de trabajo o al norte a pelear?* preguntó Tía Chucha. *Si Dios quiere, dije, estará a salvo.*

Aquella noche, Tía Chucha y yo soñamos esto. Mi padre y mi tío Fulgencio parados contra la pared trasera del molino de arroz. *¿Quién vive?* Pero no contestan, temerosos de dar el viva que no es. *Dispárenles; después discutimos de política.*

Al momento en que los soldados están a punto de disparar, un oficial, un conocido de mi padre de antes de la guerra, llega con su caballo y da órdenes de que los pongan en libertad.

¹³ Tipo de alfombra tejida que se utiliza en México, elaborada a base de fibras de palma. El uso principal del petate es para dormir.

¹⁴ Planta gramínea que crece cerca del agua, con la raíz larga y rastrera, hojas planas que sirven como forraje y flores en panojas anchas.

Literatura Norteamericana

Luego se llevaron a mi padre y a mi Tío Fulgencio a la estación, los metieron en vagones junto a los demás y no los dejaron salir hasta que llegaron a Guanajuato, donde les repartieron armas con órdenes de disparar a los villistas.

Con el susto del pelotón de fusilamiento y todo eso, mi padre no volvió a ser el de antes. En Guanajuato lo tuvieron que mandar al hospital militar, donde sufrió un ataque pulmonar. Le sacaron tres costillas para curarlo y cuando estaba finalmente lo suficientemente recuperado como para viajar, nos lo mandaron de vuelta.

Durante toda la estación de secas mi padre vivió así, respirando por un agujero en la espalda. En aquélla época yo tenía que limpiarlo con resina pegajosa de pino y envolverlo con vendas limpias todas las mañanas. La herida supuraba una espuma como el zumo de un nopal¹⁵, pegajoso y transparente y con un olor a la vez dulce y terrible, como flores de magnolia pudriéndose en la rama.

Hicimos todo lo que pudimos para curarlo mi Tía Chucha y yo. Luego, una mañana, una chachalaca¹⁶ voló dentro de la casa y se golpeó contra el techo. Apenas con sarapes¹⁷ y la escoba pudimos sacarla entre las dos. No dijimos nada, pero lo pensamos durante mucho rato.

Antes de la siguiente luna nueva soñé que estaba en la iglesia rezando un rosario. Pero lo que tenía entre las manos no era mi rosario de cuentas de cristal, sino uno de dientes humanos. Lo dejaba caer y los dientes rebotaban sobre la losa como perlas de un collar. El sueño y el pájaro eran señal suficiente.

Cuando mi padre pronunció el nombre de mi madre por última vez y, al morir, las sílabas salieron atragantadas y tosidas de esa otra boca, como la voz de un ahogado, expiró finalmente con un último aliento por el mismo agujero que lo había matado.

Lo enterramos así, con las tres costillas que le faltaban envueltas en un pañuelo que mi madre le había bordado con sus iniciales y con la marca de la pezuña de mula bajo su ceja izquierda.

Durante ocho días la gente llegó a rezar el rosario. Como ya hacía mucho que todos los curas se habían escapado, tuvimos que pagarle a un rezadero¹⁸ para que oficiara la extremaunción. Tía Chucha puso la cruz de cal y arena y colocó las flores y la veladora¹⁹; al noveno día, mi tía levantó la cruz y pronunció el nombre de mi padre—Remigio Alfaro—y el espíritu de mi padre voló y nos dejó.

Pero supón que él no nos dé su permiso.

Ese viejo cabrón, primero nos morimos que nos dé su permiso. Mejor nomás nos juyimos²⁰. No puede estar enojado para siempre.

¹⁵ Planta cactácea con tallos aplastados, carnosos y hojas en forma de palas con espinas, cuyo fruto es el higo chumbo.

¹⁶ Género de aves galliformes.

¹⁷ Especie de poncho mexicano de lana o algodón generalmente de colores vivos, con una abertura para meter la cabeza.

¹⁸ Reizador, o curandero que utiliza oraciones, rezos, plegarias, etcétera, como parte de sus tratamientos y ceremonias.

¹⁹ Vela votiva.

²⁰ Huimos.

Literatura Norteamericana

Ni siquiera en su lecho de muerte te perdonó. Me supongo que tú tampoco lo has perdonado por llamar a las autoridades. Estoy segura que su intención era nomás que te asustaran un poquito, para recordarte de tus obligaciones conmigo ya que estaba esperando a tu hijo. Quién se hubiera imaginado que te forzarían a enlistarte en la caballería.

No puedo pedir disculpas en nombre de mi padre, pero bueno, ¿qué íbamos a pensar, Miliano? Esos meses en que te desapareciste, escondiéndote en Puebla por eso de las firmas de protesta, la labor de la campaña de organización política, el trabajo para el Comité de Defensa del pueblo. Yo tan ancha como un barco, Nicolás por nacer de un momento a otro y tú por ningún lado, sin mandar dinero ni una palabra. Yo tan joven, no sabía qué hacer más que abandonar nuestra casa de piedra y adobe y regresar a la de mi padre. ¿Estuvo mal que hiciera eso? Tú dime.

Podía soportar el enojo de mi padre, pero temía por el niño. Ponía la mano sobre mi vientre y murmuraba—Hijo mío, nace cuando la luna esté tierna; hasta un árbol debe podarse bajo la luna llena para que crezca fuerte. Y a la siguiente luna llena di a luz. Tía Chucha alzaba a nuestro precioso niño de pulmones fuertes.

Dos temporadas de siembra fueron y vinieron y nos estábamos preparando para la tercera cuando regresaste de la caballería y conociste a tu hijo. Pensé que te habías olvidado de la política por completo y que podríamos seguir adelante con nuestras vidas. Pero para fin de año ya estabas detrás de la campaña para elegir a Patricio Leyva como gobernador, como si todos los problemas con el gobierno y con mi padre no te hubieran servido de nada.

Me diste un par de aretes de oro como regalo de boda, ¿te acuerdas? *Nunca dije que me casaría contigo, Inés, Nunca.* Dos arracadas²¹ de filigrana con florecitas y flecos. Las enterré cuando llegó el gobierno y después regresé por ellas. Pero cuando no había nada que comer más que pelos de elote²² hervidos, hasta ésas tuve que vender. Fueron las últimas cosas que vendí.

Nunca. Me hacía sentir un poco loca cuando me arrojabas eso. Esa palabra con toda su fuerza.

Pero, Miliano, yo creí que...

Entonces fuiste una tonta por haber creído.

Eso fue hace años. Todos tenemos la culpa de decir cosas que no queríamos decir. *Yo nunca dije...* ya sé. No quieres escucharlo.

¿Qué soy yo para ti ahora, Miliano? ¿Cuando me dejas? ¿Cuando dudas? ¿Cuando vacilas? La última vez diste un suspiro que hubiera cabido en una cuchara. ¿Qué quisiste decir con eso?

Si me quejo de estas preocupaciones mías de mujer, ya sé lo que me vas a decir—Inés, no es momento para hablar de eso— espérate hasta después. Pero Miliano, ya me cansé que me digan que me espere.

Ay, no entiendes. Aun si tuvieras las palabras, no me lo podrías decir nunca. No conocen su propio corazón, hombres. Aun cuando están hablando con él en la mano.

Tengo mi ganado, un poco de dinero que me dejó mi padre. Voy a fincar una casa de piedra y adobe para nosotros en Cuautla. Podemos vivir juntos y después ya veremos.

²¹ Aro, pendiente.

²² Mazorca de maíz.

Literatura Norteamericana

Nicolás está loco con sus dos vacas. La Fortuna y la Paloma. Porque ya es un hombre, dijiste, cuando le diste su regalo de cumpleaños. Cuando tú tenías trece años, ya andabas comprando y revendiendo animales por todas las rancherías. Para saber si un animal es trabajador se le hacen cosquillas en la espalda ¿no? Si ni siquiera puja o no se molesta es que es muy flojo y no sirve para nada. Ves, he aprendido todo eso de ti.

¿Te acuerdas de la yegua que encontraste en Cuernavaca? Alguien la había escondido en una recámara del segundo piso, salvaje y briosa de estar acorralada tanto tiempo. Había sacado la cabeza entre el fleco dorado de las cortinas de terciopelo justo cuando pasabas montado por ahí, justo en ese momento. Una belleza como ésa haciendo su aparición desde un balcón como una mujer esperando su serenata. Te reíste y bromeaste y la llamaste la Coquetona ¿te acuerdas? La Coquetona; sí.

Cuando te conocí en la feria de San Lázaro, todos sabían que eras el hombre más diestro con los caballos en el estado de Morelos. Todos los dueños de las haciendas querían que trabajaras para ellos. Hasta allá en la Ciudad de México. Un charro entre charros. El ganado, los caballos comprados y vendidos. Sembrabas un poco cuando no había mucho que hacer. Tu hermano Eufemio te pedía prestado una y otra vez porque se había malgastado cada peso de su herencia, pero tú siempre orgulloso de ser independiente ¿no? Una vez confesaste que uno de los días más felices de tu vida había sido la cosecha de la sandía que te produjo alrededor de 600 pesos.

¿Y mi recuerdo más feliz? La noche en que vine a vivir contigo, claro. Me acuerdo que tu piel olía dulce como la cáscara de sandía, como los campos después de la lluvia. Quería que mi vida empezara ahí, en el momento en que equilibraba ese cuerpo tuyo de niño delgado sobre el mío, como si estuvieras hecho de balsa²³, como si fueras barco y yo río. Los días venideros, pensé, mientras borraba el escozor amargo de la despedida de mi padre.

Ha habido demasiado sufrimiento, una parte demasiado grande de nuestros corazones se ha endurecido y secado como un cadáver. Hemos sobrevivido, hemos comido zacate²⁴, olotes²⁵ y verduras podridas. Y las epidemias han sido tan peligrosas como los federales, los desertores, los bandoleros. Nueve años.

En Cuautlaapestaba de tanto muerto. Nicolás salía a jugar con los casquillos de bala que había juntado o a ver cómo enterraban a los muertos en las trincheras. Una vez amontonaron los cuerpos de cinco federales en el zócalo²⁶. Les registramos los bolsillos para encontrar dinero, joyas, cualquier cosa que pudiéramos vender. Cuando quemaron los cuerpos, la grasa les escurría a chorros y brincaban y se retorcían como si estuvieran tratando de sentarse. Nicolás tuvo sueños horribles después de lo ocurrido. A mí me daba mucha pena decirle que yo también los tuve.

Primero no podíamos soportar ver los cuerpos colgados de los árboles. Pero después de muchos meses te acostumbras a ellos, se enroscan y se secan como cueros en el sol día tras día, colgados como aretes, de manera que ya no dan horror, ya no significan nada. Tal vez eso es lo peor.

²³ Madera del árbol homónimo de la familia bombacáceas originario de América del Sur y Central, de madera resistente y ligera que se utiliza para fabricar balsas y maquetas.

²⁴ Hierba, pasto, forraje.

²⁵ Corazón de la mazorca de maíz una vez desgranada. Marlo.

²⁶ En México, plaza principal de una ciudad.

Literatura Norteamericana

Tu hermana me dice que Nicolás sigue tu ejemplo últimamente, nervioso y rápido con las palabras, como una tolvanera²⁷ repentina o una lluvia de chispas. Cuando te fuiste con la Séptima Caballería. Tía Chucha y yo le soplábamos humo en la boca a Nicolás para que aprendiera a hablar pronto. Los demás niños de su edad balbuceaban como monos, pero Nicolás siempre silencioso, siempre siguiéndonos con esos ojos que tienen todos tus parientes. Ésos no son los ojos de los Alfaro, recuerdo que mi padre decía.

El año en que regresaste de la caballería, nos mandaste llamar a mí y al niño, y vivimos en la casa de piedra y adobe. De tus silencios entendí que no debía cuestionar nuestro matrimonio. Era lo que era. Y ya. Me preguntaba dónde estabas las semanas en que no te veía y por qué llegabas sólo por unas cuantas noches, siempre después del anochecer para irte antes del amanecer. Nuestras vidas seguían su curso como lo habían hecho antes. ¿De qué sirve tener un esposo y no tenerlo? pensé.

Cuando empezaste a meterte en la campaña de Patricio Leyva, no te vimos durante meses. A veces el niño y yo regresábamos a la casa de mi padre, donde me sentía menos sola. *Sólo por unas noches*, decía, y desenrollaba mi petate en mi rincón de antes contra la pared de carrizo de la cocina. *Hasta que regrese mi esposo*. Pero unas cuantas noches se convertían en semanas y las semanas en meses, hasta que pasaba más tiempo bajo el techo de palma de mi padre que bajo nuestro techo de tejas.

Así es como pasaron las semanas y los meses. Tu elección al consejo del pueblo. Tu labor defendiendo los títulos de las tierras. Luego la repartición de las parcelas cuando tu nombre empezó a sonar por los poblados, por arriba y abajo del río Cuautla. Zapata por aquí y Zapata por allá. No podía ir a ningún lado sin oírlo. Y cada vez una especie de miedo penetraba mi corazón como una nube que se cruzaba ante el sol.

Pasaba los días masticando este veneno mientras molía el maíz, pretendiendo ignorar lo que decían las otras mujeres que lavaban en el río. Que tú tenías varios pasatiempos. Que había una tal María Josefa en Villa de Ayala. Luego nomás se reían. Era peor para mí aquellas noches en que sí llegabas y te acostabas a mi lado. Me quedaba despierta mirándote y mirándote.

En el día, podía aguantar el dolor, me despertaba antes del amanecer a preparar las tortillas del día, me ocupaba con el quehacer, con las pípilas²⁸, el sembrar y cosechar de las hierbas de olor. El niño usaba ya su primer par de pantalones y se metía en líos cuando nadie lo cuidaba. Había mucho con qué distraerme en el día. Pero en la noche, no te imaginas.

Tía Chucha me hizo beber un té de flor de corazón—*yoloxóchitl*, la flor del árbol de magnolia—pétalos suaves y sin costura como una lengua. *Yoloxóchitl*, *flor de corazón*, con su aliento a vainilla y miel. Me preparó un tónico con las flores secas y me aplicó una pomada, mezclada con clara de huevo, sobre la piel sensible a la altura del corazón.

Era la época de lluvias, *Plom ... plom plom*. Toda la noche escuché ese collar de perlas, roto, cuenta tras cuenta tras cuenta rodaba por las hojas enceradas de mi corazón.

Viví con ese desconsuelo dentro de mí Miliano, como si no existiera el porvenir. Y cuando parecía que el dolor no me iba a abandonar, envolví un colibrí seco en uno de tus pañuelos, fui al río, murmuré, *Virgencita ayúdame*, lo besé y luego arrojé el bulto al agua donde desapareció por un momento antes de flotar río abajo en un remolino vertiginoso de espuma.

²⁷ Remolino de polvo, típico de las zonas desérticas o esteparias.

²⁸ Huevos que pone la guajolota (hembra del pavo).

Literatura Norteamericana

Esa noche, mi corazón, daba vueltas y revoloteaba contra mi pecho y algo bajo mis párpados palpitaba tan furiosamente que no me dejaba dormir. Cuando me sentí dando vueltas contra las vigas de la casa, abrí los ojos. Podía ver perfectamente en la oscuridad. Debajo de mí—todos nosotros durmiendo. Yo misma, en mi petate arrinconado en la pared de la cocina, el niño dormido a mi lado. Mi padre y mi Tía Chucha dormidos en su rincón de la casa. Luego sentí el cuarto girar una, dos veces, hasta que me encontré bajo las estrellas, volando sobre el arbolito de aguacate, sobre la casa y el corral.

Pasé la noche en un círculo delirante de tristeza, de alegría, dando vueltas y vueltas sobre nuestro techo de palma, el mundo tan claro como si brillara el sol de mediodía. Y cuando llegó el amanecer volé de regreso a mi cuerpo, que me esperaba pacientemente donde lo había dejado, ahí sobre el petate junto a nuestro Nicolás.

Cada noche volaba un círculo más amplío. Y en el día me retraía más y más, vivía sólo para aquellos vuelos nocturnos. Mi padre murmuraba a mi Tía Chucha, *Ojos que no ven, corazón que no siente*. Pero mis ojos sí veían y mi corazón sufría.

Una noche por encima de las milpas y más allá del tlacolol, por encima de barrancas y breñas, más allá de los techos de palma de los jacales²⁹ y el arroyo donde lavan las mujeres, más allá de las brillantes buganvillas, por encima de los desfiladeros y sobre campos de arroz y maíz, volé. Los tallos desgarrados de los plataneros se mecían a mi paso. Vi ríos de agua fría y un río de agua tan amarga que dicen que proviene del mar. No me detuve hasta llegar a un bosquecillo de laureles altos que susurraban en el centro de una plaza donde todas las casas blanqueadas brillaban azules como abulón³⁰ bajo la luna llena. Y recuerdo que mis alas eran azules y silenciosas como las alas de un tecolote.

Y cuando me posé sobre la rama de un árbol de tamarindo frente a la ventana, te vi dormido junto a esa mujer de Villa de Ayala, esa mujer que es tu esposa durmiendo a tu lado. Y su piel brillaba azul a la luz de la luna y tú eras azul también.

No era como me la había imaginado. Me acerqué y examiné su pelo. Solamente una mujer común con su olor a mujer común. Abrió la boca y dio un gemido. Y tú la acercaste a ti, Miliano. Entonces sentí un dolor terrible en mi interior. Ustedes dos dormidos así, tu pierna caliente contra la de ella, tu pie dentro del hueco de su pie.

Dicen que fui yo la que causó la muerte de sus hijos. Por celos, por envidia. ¿Tú qué dices? Su niño y su niña ambos muertos antes de dejar de mamar teta. Ya no te dará más hijos. Pero mi niño y mi niña viven.

Cuando un cliente se aleja después de oír tu precio y luego regresa, entonces puedes subirle más. Cuando sabes que tienes lo que él busca. Algo que aprendí de tus años de revender caballos.

Te casaste con ella, con esa mujer de Villa de Ayala, es cierto. Pero mira, regresaste a mí. Siempre regresas. Entre y más allá de las otras. Esa es mi magia. Regresas a mí.

Me visitaste otra vez el jueves pasado. Te arranqué de la cama de la otra. Te soñé y, cuando desperté, estaba segura de que tu espíritu acababa de revolotear del cuarto. Ya otras veces te he

²⁹ Vivienda de origen indígena en Mesoamérica, se refiere a casas hechas de adobe, carrizo, madera y paja, con pisos normalmente son de tierra apisonada y techos de paja.

³⁰ Familia de moluscos gasterópodos muy estimados por su carne.

Literatura Norteamericana

arrancado de tu sueño y te he metido al mío. Te he enredado como un rizo alrededor de un dedo, Amor, llegaste con el corazón lleno de pájaros. Y cuando no me obedecías y no venías cuando te lo ordenaba me convertía en el alma de un tecolote y hacía la guardia sobre las ramas de una Jacaranda púrpura junto a tu puerta para asegurarme de que nadie le hiciera daño a mí Miliano mientras dormía.

Mandaste una carta con un mensajero ¿cuántos meses después? En un papel fino y arrugado como si estuviera hecho de lágrimas.

Quemé copal³¹ en una olla de barro. Aspiré el humo. Recé una oración en mexicano a los dioses antiguos, un Ave María en español a la Virgen y di gracias. Venías camino a casa. La casa de piedra y adobe aereada y barrida hasta quedar limpiecita, la noche dulce con el aroma a velas que habían estado ardiendo continuamente desde que te vi en el sueño. Poco después de que Nicolás se había quedado dormido, el repiquetear de los cascotes.

Un silencio entre nosotros como un lenguaje. Cuando te abracé temblaste, un árbol en la lluvia. Ay, Miliano, me acuerdo de eso y me ayuda a pasar los días sin amargura.

¿Qué le dijiste a ella de mí? *Eso fue antes de que te conociera, Josefa. Ese capítulo de mi vida con Inés Alfaro está terminado.* Pero soy una historia que nunca se acaba. Jala un hilo y se deshilacha toda la tela.

Justo antes que vinieras por Nicolás, se puso chípil³², aunque ya estaba grandecito. Pero era cierto, estaba yo esperando otra vez. Malena nació sin hacer ruido, porque se acordó de cómo había sido concebida—las noches entrelazadas una alrededor de la otra como humo.

Tú y Villa marchaban triunfalmente por las calles de la Ciudad de México, tu sombrero cargado de flores que las muchachas bonitas te echaban. El ala abultada por el peso como una canasta.

Nombré a nuestra hija como mi madre, María Elena. En contra de los deseos de mi padre.

Tienes tus pasatiempos. Así se dice, ¿no? Tus muchos pasatiempos. Sé que te llevas a la cama a mujeres que tienen la mitad de mis años. Mujeres de la edad de nuestro Nicolás. Has dejado a muchas madres llorando, como dicen.

Dicen que tienes tres mujeres en Jojutla, bajo el mismo techo. Y que tus mujeres se tratan unas a otras *con una armonía extraordinaria, hermanas de la causa que creen en el bien último de la revolución.* Yo digo que se vayan todos al diablo, esos periodistas y la madre que los parió. ¿Acaso me preguntaron a mí?

Estas rancheritas estúpidas, ¿cómo pueden resistirte? El Zapata magnífico con su elegante traje de charro, montado sobre un caballo espléndido. Tu sombrero ancho, un halo alrededor de tu cara. No eres un hombre para ellas; eres una leyenda, un mito, un dios. Pero también eres mi esposo. Aunque sólo sea a veces.

³¹ Nahuatlismo (de *copalli*), es una resina vegetal del árbol homónimo.

³² Celoso.

Literatura Norteamericana

¿Cómo puede ser feliz una mujer enamorada? Amar así, amar con tanta fuerza como se odia. Así somos las mujeres de mi familia. Nunca olvidamos algo injusto. Sabemos amar y sabemos odiar.

He visto a tus otros hijos en mis sueños. María Luisa, de esa Gregoria Zúñiga en Quilamula después de que Luz, su hermana gemela, muriera sin darte hijos. Diego, nacido en Tlatizapán de esa mujer que se hace llamar la *Señora de Jorge Piñeiro*. Ana María, en Cuautla, de esa cabrona Petra Torres. Mateo, hijo de esa cualquiera, Jesusa Pérez de Temilpa. Todos tus hijos nacidos con esos ojos de Zapata.

Sé lo que sé. Que duermes acurrucado en mis brazos, que me amas con un placer cercano al sollozo, que calmo el temblor en tu pecho y te abrazo, te abrazo, hasta que esos ojos tuyos miran a los míos.

Tus ojos. ¡Ay! Tus ojos. Ojos con dientes. Terribles como la obsidiana. El porvenir en esos ojos, los días pasados. Y bajo esa ferocidad, algo antiguo y tierno como la lluvia.

Miliano, Milianito. Y te canto esa canción que les cantaba a Nicolás y Malenita cuando eran chicos y no podían dormir.

Temporadas de guerra, un poco de paz a medias aquí y allá y luego guerra y guerra otra vez. Subimos corriendo a los cerros cuando vienen los federales, bajamos de nuevo cuando ya se han ido.

Antes de la guerra, eran los caciques los que andaban detrás de las jovencitas y las mujeres casadas. Parece, que tenían mano en todo—la tierra, la ley, las mujeres. ¿Te acuerdas cuando encontraron a ese desgraciado de Policarpo Cisneros en brazos de la muchacha Quintero? ¡Virgen purísima! Ella era sólo una cosita de doce años. Y él, ¿qué? Por lo menos ochenta, me imagino.

Desgraciados. Todos miembros de un ejército en contra nuestra, ¿no? Los federales, los caciques, a cual más de malos, robándose nuestras gallinas, robándose a las mujeres en la noche. Aquellos aullidos largos y agudos que echaban ellas cuando se las llevaban. Cuando amanecía ya estaban de vuelta y les decíamos *Buenos días* como si no hubiera pasado nada.

Desde que empezó la guerra nos hemos acostumbrado a dormir en el corral. O en los cerros, en los árboles, en las cuevas, con las arañas y los alacranes. Nos escondemos lo mejor que podemos cuando llegan los federales, detrás de las rocas o en las barrancas o en los pinos y el zacate alto cuando no queda otro lugar donde esconderse. A veces construyo una guarida con carrizo para nosotros en el monte. A veces la gente de tierra fría nos da agua hervida endulzada con caña de azúcar y nos quedamos ahí hasta que recuperarnos un poco de fuerzas, hasta que el sol nos calienta los huesos y podemos bajar otra vez cuando el peligro pasa.

Antes de la guerra, cuando Tía Chucha vivía, pasábamos los días vendiendo en los mercados de los pueblos—pollos, guajolotes³³, telas, café, las hierbas que recogíamos en los cerros o que crecían en la huerta. En eso se nos iban las semanas y los meses.

Vendí pan y velas. En ese entonces sembré maíz y frijoles y a veces también cortaba café. He vendido de todo un poco. Hasta sé comprar animales y revenderlos. Y ahora sé trabajar el tlacolol, que es lo peor de todo—las manos, los pies, se parten, se hinchan; lloran de tanto usar el machete y el azadón.

³³ Pavos.

Literatura Norteamericana

De cuando en cuando encuentro camotes³⁴ en los campos abandonados o calabaza o maíz. Y nos los comemos crudos, demasiado cansados, demasiado hambrientos para cocinar lo que nos llega. Como los pájaros, hemos comido lo que podíamos picotear de los árboles: ora una guayaba, ora un mango, tamarindos y almendras en temporada. Sin maíz para las tortillas, nos las arreglamos comiendo el olote al igual que la flor cuando no había grano.

Mi metate³⁵, mi rebozo bueno, mi huipil³⁶ fino, mis aretes de filigrana, todo lo que podía vender, lo he vendido. Cuando la suerte trae un puñado, el cuartillo de maíz se vende por un peso y un tostón³⁷. Lo remojo, lo hiervo, lo muelo, ni siquiera espero a que se enfríe... unas cuantas tortillas para darle de comer a Malenita, siempre con hambre, y si es que algo sobra, me lo como yo.

Tía Chucha agarró un aire en tierra caliente. Usé todos sus remedios y los míos, plumas de guacamaya, huevos, granos de cacao, aceite de manzanilla, romero, pero no hubo cura para ella. Creí que me iba a acabar de tanto llorar, toda la familia del lado de mi madre se me iba, pero había que pensar en la niña. No había sino seguir adelante, aguantar, hasta olvidar esa pena. Ay, qué tiempos tan horribles aquéllos.

Sigo sobreviviendo, escondiéndome, buscando, aunque sólo sea por el bien de Malenita. Nuestras milpitas, así la vamos pasando. El gobierno se lleva el maíz, los pollos, mis pipilitas y conejos de feria. Todos han tenido su turno de hacernos el mal.

Ahora te voy a contar de cuando quemaron la casa, la que nos compraste. Yo tenía fiebre. Dolor de cabeza y una punzada terrible por detrás de las pantorrillas. Pulgas, criaturas que lloraban, disparos en la distancia, alguien que gritaba *el gobierno*, un galope de caballos en mi cabeza y los gritos de aquellos que se enlistaban en la tropa y aquellos que se quedaban. Apenas me las arreglé para arrastrarme a los cerros. Malenita estaba haciendo un coraje³⁸ y se negaba a caminar, chupaba el cuello de la blusa y lloraba. La tuve que cargar a espaldas y sus piecitos me iban dando patadas todo el camino hasta que le di media tortilla dura para que comiera; se le olvidó el enojo y se quedó dormida. Ya para cuando el sol estaba caliente y estábamos lo bastante lejos como para sentirnos a salvo, me sentí débil. Dormí sin soñar, abrazando el cuerpo fresco de Malenita contra mi cuerpo ardiente. Cuando me desperté, el mundo estaba lleno de estrellas y las estrellas me llevaron de vuelta al pueblo y me mostraron.

Pues bien, así sucedió. El pueblo ya no parecía nuestro pueblo. Los árboles, las montañas contra el cielo, la tierra, sí, eso era todavía como lo recordábamos, pero el pueblo ya no era un pueblo. Todo cacarizo³⁹ y en ruinas. Nuestra casa con su techo de tejas había desaparecido. Las paredes chamuscadas y tiznadas. Las ollas, los sartenes, los cántaros, los platos, hechos añicos a hachazos; nuestros rebozos y sarapes⁴⁰ desgarrados y pisoteados. La semilla que habíamos dejado, la que habíamos ahorrado y guardado ese año, desperdigada, los pájaros la disfrutaban.

Las gallinas, las vacas, los puercos, las cabras, los conejos, todos muertos con furia y saña. Ni siquiera los perros se habían salvado y colgaban amarrados de los árboles. Los carrancistas

³⁴ Batatas.

³⁵ Mortero de piedra tallada de forma rectangular.

³⁶ Es una blusa o vestido adornado con motivos coloridos que suelen estar bordados. Vestimenta propia de los indígenas y mestizos. Deriva del náhuatl: *huipilli*, «blusa o vestido adornado».

³⁷ Moneda de cincuenta centavos mexicanos.

³⁸ Berrinche.

³⁹ Como un rostro lleno de marcas y cicatrices.

⁴⁰ Especie de poncho mexicano de lana o algodón generalmente de colores vivos, con una abertura para meter la cabeza.

Literatura Norteamericana

destruyeron todo, porque, como ellos dicen, *Aquí hasta las piedras son zapatistas*. Y lo que no destruyeron se lo llevaron sus mujeres, que descendían tras ellos como una plaga de zopilotes⁴¹ para dejarnos en los puros huesos.

Es culpa de ésa, dijeron los del pueblo cuando regresaron. Nagual⁴². Bruja, Entonces comprendí qué tan sola estaba.

Miliano, esto que hoy cuento sólo a ti te lo digo. A nadie se lo había confiado y es necesario decirlo porque no estaría tranquila si no lo desechara de mi ser.

Dicen que cuando era niña hice que una granizada echara a perder el maíz nuevo. Cuando estaba tan chica que ni siquiera me acuerdo. En Tetelcingo es lo que dicen.

Por eso los años en que la cosecha era mala y los tiempos muy duros, me querían quemar con leña verde. En vez de eso fue a mi madre a quien mataron, pero no con leña verde. Cuando la entregaron a nuestra puerta, lloré hasta que me acabé llorando. Estuve enferma, enferma durante varios días, y dicen que vomité gusanos, pero no me acuerdo de eso. Sólo de los sueños horribles que sufrí mientras duró la fiebre.

Mi Tía Chucha me curó con ramas de árbol de chile y con la escoba. Y durante mucho tiempo después, mis piernas se sentían como si estuvieran rellenas de trapos y seguía viendo estrellitas moradas centelleando y girando rápidamente fuera de mi alcance.

No fue hasta que me sentí mejor como para salir otra vez que me fijé en las cruces de flores prensadas de pericón⁴³ en todas las puertas del pueblo y también en la milpa. De ahí en adelante, los del pueblo me evadían como si quisieran castigarme al retirarme el habla, tal como habían castigado a mi madre con esas palabras que aporreaban y retumbaban como el granizo que mató al maíz.

Es por eso que nos tuvimos que mudar los siete kilómetros de Tetelcingo a Cuautla, como si fuéramos de ese pueblo y no de aquél. Fue así como llegamos a vivir con mi Tía Chucha, que poco a poco tomó el lugar de mi madre como mi maestra y luego como la mujer de mi padre.

Mi Tía Chucha fue quien me enseñó a usar mi visión, tal como su madre le había enseñado a ella. Las mujeres de mi familia siempre hemos tenido el poder de ver con algo más que los ojos. Mi madre, mi Tía Chucha, yo. Nuestra Malenita también.

Es sólo ahora cuando murmuran bruja, nagual, a mis espaldas, tal como habían lanzado esas palabras a mi madre, que me doy cuenta cómo nos parecemos mi madre y yo. Cómo es que las palabras tienen su propia magia. Cómo una palabra puede seducir y otra matar. Esto he comprendido.

Mujeriego. Me disgusta la palabra. ¿Por qué no hombreriega? ¿Pues por qué no? La palabra pierde su brillo. Hombreriega. ¿Acaso eso soy? ¿Mi madre? Pero en boca de los hombres esa palabra es pesada y tiene filo de pedernal, hace del cuerpo un tambor, algo para mutilar y amaratar y a veces matar.

¿Qué soy yo para ti? ¿esposa de vez en cuando? ¿tu querida? ¿puta? ¿cuál? Ser una no es tan terrible como ser todas.

⁴¹ Aves falconiformes americanas semejantes al buitre común, de unos 60 cm de longitud, de plumaje negro y cabeza desprovista de plumas.

⁴² Bruja, hechicera.

⁴³ Flor muy aromática, con tonalidades del naranja hasta el amarillo, de la planta *Tagetes erecta*, llamada comúnmente en México Cempasúchil, cempaxóchitl, cempoal, o flor de muertos.

Literatura Norteamericana

He necesitado oírlo de ti. Para confirmar lo que siempre he creído que sé. Dirás que me he vuelto loca de vivir de zacate seco y pelos de elote. Pero te juro que nunca he visto más claro que en estos días.

Ay, Miliano, ¿que no te das cuenta? Las guerras empiezan aquí, en nuestros corazones y en nuestras camas. Tienes una hija. ¿Cómo quieres que la traten? ¿Como me trataste a mí?

Todo lo que he deseado han sido palabras, esa magia para calmarme un poco, algo que tú no me pudiste dar.

Los meses en que desaparecí, no creo que hayas entendido mis razones. Supuse que yo no te importaba. Sólo Nicolás te importaba. Y fue entonces que me lo arrebataste.

Cuando a Nicolás se le cayó su último diente de leche, lo mandaste llamar, lo confiaste a tu hermana. Ha vivido como un venado en el cerro, a veces siguiéndote, otras adelantándose a tus campañas, siempre a la mano. Ya sé. Lo dejo ir. Estuve de acuerdo, sí, porque un niño debe estar con su padre, dije. Pero la verdad es que quise que una parte de mí estuviera siempre revoloteando cerca de ti. Qué duro ha de ser para ti dejar que Nicolás se vaya. Y sin embargo, él siempre es tuyo. Siempre.

Cuando los federales aprehendieron a Nicolás y se lo llevaron a Tepaltzingo, llegaste con él dormido en los brazos después de que tu hermano y Chico Franco lo rescataran. Si algo le pasa a este niño, dijiste, si algo... y empezaste a llorar. No dije nada Miliano, pero no te imaginas cómo en ese instante quería ser pequeña y caber en tu corazón, quería pertenecerte como el niño y saber que me amabas.

Si he de ser bruja, pues que así sea, dije. Y me dio por comer cosas negras—huitlacoche⁴⁴, café, chiles oscuros, la parte magullada de la fruta, las cosas más oscuras y negras para hacerme dura y fuerte.

Rara vez hablas. Tu voz, Miliano, delgada y ligera como la de una mujer, casi delicada. Tu modo de hablar es súbito, rápido, como agua que salta. Y sin embargo, sé de lo que esa voz tuya es capaz.

Recuerdo después de la masacre de Tlatizapán, 286 hombres y mujeres y niños asesinados por los carrancistas. Tu figura delgada, demacrada y encogida, tu cara pequeña y oscura bajo tu sombrero ancho. Recuerdo que hasta tu caballo se veía medio muerto de hambre y bronco en ese día caluroso y empolvado del mes de junio.

Era como si la miseria se riera de nosotros. Hasta el cielo estaba triste, la luz plomiza y opaca, el aire pegajoso, todo estaba cubierto de moscas. Las mujeres llenaban las calles buscando a sus muertos entre los cadáveres.

La gente ya estaba cansada, agotada de huir de los carrancistas. El gobierno seguía correteándonos casi en Jojutla. Pero tú hablaste en mexicano, nos hablaste en nuestra lengua con el corazón en la mano, Miliano, y por eso te escuchamos. La gente estaba cansada, pero escuchaba. Cansada de sobrevivir, de vivir, de aguantar. Muchos desertaban y regresaban a sus pueblos. *¿Ustedes son los que ya no quieren pelear?* dijiste. *¡vamos entonces al diablo! ¿Qué es eso que están cansados? Cuando me eligieron, dije que los representaría si ustedes me apoyaban. Pues ahora me deben apoyar, yo he cumplido mi palabra. Querían a un hombre que llevara los*

⁴⁴ El hongo *Ustilago maydis*, parásito del maíz que se utiliza como ingrediente de muchos alimentos

Literatura Norteamericana

pantalones y he sido ese hombre. Y ahora, si ya no quieren pelear, ¿pues entonces, qué? ¡Bah! Bueno, pues ya ni modo.

Estábamos inmundos, azorados, hambrientos, pero te seguíamos.

Bajo el arbolito de aguacate, detrás de la casa de mi padre, es donde primero me besaste. Un beso chueco, todo mal hecho, al lado de la boca. *Ahora me perteneces*, dijiste y así fue.

La manera en que llegaste montado a caballo esa mañana de la feria de San Lázaro sobre un caballo bonito tan oscuro como tus ojos. El cielo era color alazán ¿te acuerdas? Todo estaba hinchado y olía a lluvia. Una sombra fresca cayó sobre el pueblo. Estabas vestido todo de negro como es tu costumbre. Un hombre elegante, agraciado, alto y delgado.

Vestías chaqueta corta de charro de lino negro, negro pantalón ajustado de casimir con sus botonaduras de plata, camisa color lavanda, gazné⁴⁵ de seda azul anudado al cuello. Tu sombrero lucía trenza y borla de crin; su ala ancha una franja de claveles bordados en oro y plata. Llevabas el sombrero empinado hacia adelante—no hacia atrás como otros lo acostumbran—de manera que sombreara esos ojos tuyos, esos ojos que miraban y esperaban. Aun entonces supe que estaba frente a un animal tan bronco como el mío.

¿Pero supón que mi padre no me deje?

Nos huimos, no puede estar enojado siempre.

Espérate a que termine la cosecha.

Me jalaste hacia ti bajo el arbolito de aguacate y me besaste. Un beso con sabor a cerveza tibia y a bigotes. *Ahora me perteneces*.

Fue durante la temporada de la ciruela que nos conocimos. Te vi en la feria de San Lázaro. Traía mis trenzas recogidas lejos del cuello y atadas con listones brillantes. Mi cabello recién lavado y peinado con aceite preparado con el hueso del mamey⁴⁶. Y el escote de mi huipil, uno blanco, me acuerdo, dejaba ver mi cuello y mis clavículas.

Tú montabas un caballo fino, con montura plateada adornada con flecos de borlas de seda rojas y negras; tus manos, manos preciosas, largas y sensibles, reposaban ligeramente sobre las riendas. Al principio te tuve miedo, pero me hice como que no. Qué bonito caracoleabas tu caballo.

Me cercaste cuando traté de atravesar el zócalo, me acuerdo. Me hice la que no te veía hasta que me bloqueaste el camino con tu caballo y traté de esquivarte por un lado, luego el otro, como un becerro en un jaripeo. Podía oír la risa de tus amigos bajo las sombras de los arcos. Y cuando fue obvio que no podía esquivarte, levanté la mirada y dije, *Con su permiso*. Tú no insististe, tocaste el ala de tu sombrero y me dejaste ir y oí a tu amigo Francisco Franco, al que luego conocería como Chico, decir, *Chiquita, pero más grande que tú, Miliano*.

⁴⁵ Es una pieza hecha generalmente de seda, que se usa alrededor del cuello, y dentro de la camisa. Ascot.

⁴⁶ Árbol americano de la familia de las gotíferas, de hojas perennes elípticas, flores blancas y olorosas y fruto casi redondo, aromático.

Literatura Norteamericana

¿Entonces sí? No supe qué decir, estaba todavía tan chica, solo me reí y tú me besaste así, sobre los dientes.

¿Sí? y me apretaste contra el árbol de aguacate. *¿Sí o no?* Y dije que sí, luego que no, y sí, tus besos llegando entre una respuesta y otra.

¿Amor? No mencionamos esa palabra. Para ti tiene que ver con acariciar con la mirada lo que te llama la atención, luego enlazarlo y arrearlo y acorrarlo. Ese jalonear⁴⁷ a casa lo que es fácil de agarrar.

Pero para mí no. Ni desde un principio. Eras guapo, sí, pero a mí no me gustaban los hombres guapos, pensaba que podían conseguir a quien se les antojara. Quise ser entonces ésa a la que no pudieras conseguir. No bajé la mirada como las otras muchachas cuando sentí que me mirabas.

Voy a poner una casa para nosotros. Podemos vivir juntos y luego veremos.

Pero supón que un día me dejes.

Nunca.

Espérate por lo menos a que termine la cosecha.

Recuerdo cómo tu piel ardía al tacto. Cómo olías a hoja de limón y a humo. Equilibré ese tu cuerpo delgado de niño sobre el mío. Algo se deshizo—suavemente, como una trenza desbaratándose. Y dije, *Ay, mi chulito, mi chulito, mi chulito*, una y otra vez.

Las mañanas y las noches pienso que tu aroma está todavía en las cobijas, me despierto recordando que estás enredado en algún lugar entre el dormir y el despertar. El aroma de tu piel, el lunar sobre la escoba de tu bigote espeso, cómo cabes en mis manos.

Sería malo si te dijera lo que hago cada noche que duermes aquí, después de tu coñac y tu puro, cuando estoy segura de que por fin duermes, aspiro tu piel. Tus dedos dulces con aroma a tabaco. Las clavículas acanaladas, el nudo púrpura del pezón, el intenso color ciruela de tu sexo, las piernas delgadas y los finos pies largos.

Examino a mi antojo tus pantalones negros con sus botonaduras de plata, la preciosa camisa, el sombrero galoneado, el fino trenzado que orillea tu chaqueta de charro; admiro la hechura, las espuelas, las polainas, las apuestas botas negras.

Y cuando te vas te recreo en mi memoria. Froto calor en las yemas de tus dedos. Tomo esa tu barbilla con hoyuelo entre los dientes. Todas las partes están presentes menos tu vientre. Quiero untar mi cara en su color, decir no, no, no. Ay. Sentir su calor pasar de mi mejilla izquierda a la derecha. Pasar mi lengua desde la hendidura de tu garganta, sobre las piedras lisas de tu pecho, a través del caminito de vello bajo el ombligo, perderme en el aroma oscuro de tu sexo. Mirar,

⁴⁷ Tironear.

Literatura Norteamericana

mientras duermes, el color de tu piel. Cómo en la media luz de la luna emites tu propia luz, como si fueras un hombre hecho de ámbar.

¿Acaso eres mi general? ¿O sólo mi Milianito? Pienso, no sé lo que digas tú, que no me perteneces a mí, ni a esa mujer de Villa de Ayala. No le perteneces a nadie, ¿no? Sólo a la Tierra. La madre Tierra que nos mantiene y cuida. A todos nosotros.

Subo más y más arriba, la casa se cierra como un ojo. Vuelo más lejos que nunca, más allá de las nubes, más allá de nuestro Señor Sol, el marido de la Luna. Hasta que de un solo golpe veo debajo de mí y veo nuestras vidas, nítidas e inmóviles, lejos y cerca.

Y veo nuestro futuro y nuestro pasado, Miliano, un sólo hilo ya vivido y sin nada que podamos hacer al respecto. Y veo la cara del hombre que te traicionará. El lugar y la hora. El regalo de un caballo color polvo de oro. Un desayuno de cerveza tibia dando vueltas en tu estómago. Las puertas de la hacienda abriéndose. Los clarines sonoros dando el toque de honor. Tirilí tiri. Las balas como una lluvia repentina de piedras. Y en ese instante, una sensación casi de alivio. Y de soledad, así como esa otra soledad del nacer.

Y veo mi huipil limpio y mi rebozo de seda de domingo. Mi rosario colocado entre las manos y una cruz de palma bendita. Durante ocho días la gente llega a rezar. Y al noveno día, se levanta la cruz de cal y arena y se pronuncia mi nombre—Inés Alfaro. El pescuezo torcido de un gallo. Tamales⁴⁸ de carne de puerco envueltos en hojas de maíz. Los enmascarados bailan, los hombres vestidos de mujer, las mujeres de hombre. Los violines, las guitarras, una tambora⁴⁹ estruendosa.

Y veo otras caras y otras vidas. Mi madre en un campo de sempasóchil⁵⁰ con un hombre que no es mi padre. Su rebozo de bolita tendido debajo de ellos. El olor a zacate apachurrado y a ajo. Cómo, a la señal de su querido, los otros descienden. Las nubes se escabullen. Una estaca de caña, filosa como un machete, engrasada con manteca y clavada en la tierra. Cómo los hombres recogen a mi madre como un bulto de maíz. Su grito agudo contra el cielo infinito cuando la estaca de caña la traspasa. Cómo cada uno que aguarda su turno gruñe palabras como granizo que raja la piel, así como antes habían susurrado palabras de amor.

La estrella de su sexo abierta al cielo. Las nubes se mueven sin hacer ruido y el cielo cambia de colores. Horas. Los ojos todavía fijos en las nubes la mañana en que la encuentran—las trenzas desbaratadas, un sombrero de hombre ladeado sobre su cabeza, un puro en la boca, como diciendo, esto es lo que le hacemos a las mujeres que tratan de portarse como hombres.

El pequeño bulto negro que es mi madre entregado a la puerta de mi padre. Mi padre sin un "quién" o un "cómo". Lo sabe tan bien como cualquiera.

Cómo el cielo desató una tormenta de piedras. La cosecha del maíz arruinada. Y cómo nos cambiamos de Tetelcingo a la casa de mi Tía Chucha en Cuautla.

Y veo a nuestros hijos, Malenita con sus gemelas que nunca se casarán, dos solteras valientes que viven su vida vendiendo hierbas de olor en La Merced, en la Ciudad de México.

⁴⁸ Especie de empanadas hechas de masa de harina de maíz envuelta en hojas de plátano o de la mazorca del maíz, y rellenas de distintos condimentos. Voz náhuatl.

⁴⁹ Instrumento de percusión de dos parches. Se percute con un mazo afelpado. Es una adaptación del bombo europeo. La música de tambora es parte importante del folklore de México

⁵⁰ Flor de pericón, ver nota 42.

Literatura Norteamericana

Y nuestro Nicolás, ya hecho un hombre, y el dolor y la vergüenza que Nicolás le traerá al nombre Zapata cuando arma un lío sobre la parcela que le da el gobierno, porque no es suficiente, porque nunca es suficiente, porque el hijo de un gran hombre no debería vivir como un campesino. Los viejos zapatistas de Anenecuilco menean la cabeza cuando éste vende el nombre de Zapata a la campaña del PRI.

Y veo los títulos antiguos de las tierras en la mañana humeante en que se redactan en náhuatl y se inscriben en amate⁵¹— *concedidas a nuestro pueblo el 25 de septiembre de 1607 por el Virrey de la Nueva España*—las encomiendas que prueban que la tierra siempre ha sido nuestra.

Y veo esa tarde moteada en Anenecuilco, cuando el gobierno ha empezado a buscarte. Y te veo desenterrar la caja fuerte bajo el altar mayor de la iglesia del pueblo y entregársela a Chico Franco—*Si los pierdes, compadre, te secan colgado de un cazahuate*⁵². *No antes que me llenen de balas*, dijo Chico y se rió.

Y la noche, ya como un hombre viejo, en el Cañón de Lobos, Chico Franco corre y corre, viejo lobo, viejo astuto, los hombres del gobierno que Nicolás mandó gritan detrás de él, sus hijos Vírulo y Julián, jóvenes, desplomados sobre los azulejos frescos del patio como flores de buganvilla y qué inútil es ya todo, porque los títulos están enterrados bajo la duela⁵³ de una pulquería⁵⁴ llamada La Providencia y nadie sabe dónde están luego que las balas perforan el cuerpo de Chico. Nada mejor o peor que antes y nada igual o diferente.

Y veo ríos de estrellas y el ancho mar con su triste voz, y peces color esmeralda ondulando en el fondo del mar, felices de ser lo que son. Y las torres del campanario y los bosques azules, y un aparador lleno de sombreros. Un pie quemado como el interior de una ciruela. Un peine para piojos con dos liendres. La bastilla⁵⁵ de encaje de un vestido de mujer. El humo violeta de un cigarro. Un niño orinando en una lata. Los ojos lechosos de un ciego. El dedo desportillado de una estatua de San Isidro. Los vientres pardos de mujeres oscuras dando a luz.

Y más vidas y más sangre, aquéllos que nacen así como aquéllos que mueren, los que preguntan y los que callan, los días de dolor y todos los colores de flor de la alegría.

Ay papacito, cielito de mi corazón, ahora se quejan los burros. El gallo empieza a cantar. ¿Ya es de mañana? Espera, quiero recordar todo antes de que me dejes.

Cómo me miraste en la plaza de San Lázaro. Cómo me besaste bajo el arbolito de aguacate de mi padre. Noches en que me amaste con un placer cercano al sollozo, cómo detuve el temblor de tu pecho y te abracé, te abracé. Miliano, Milianito.

Mi cielo, mi vida, mis ojos. Déjame verte. Antes de que abras esos ojos tuyos. Los días del porvenir, los días pasados. Antes de regresar a lo que siempre seremos.

⁵¹ Es un tipo de soporte vegetal utilizado para pintar y escribir, cuyo origen se remonta a la época prehispánica de Mesoamérica. Se fabrica a partir de las cortezas internas de los árboles.

⁵² *Ipomoea arborescens*, es una especie de planta silvestre perteneciente a la familia de las convolvuláceas.

⁵³ Cada una de las tablas, generalmente convexas, que forman el contorno de una cuba, tina, barril o tonel. En este caso sería una metonimia para referirse al propio barril.

⁵⁴ Lugar donde se vende y consume el *pulque*: una bebida alcohólica, viscosa, de color lechoso hecha con la resina fermentada del maguey. Es tradicional de México.

⁵⁵ Borde de encaje en el ruedo de un vestido.